

## PLAYAS, LAS DE LLORET...

A finales de Marzo pasado tuve la oportunidad de dar una vuelta por España (centro y sur) que duró unos quince días. No es nada nuevo decir que viajar ilustra tanto o más que leer; sobre todo ayuda a aclarar conceptos y a fijar ideas básicas referentes a nuestra variada geografía. Como buen hijo y amante de la Costa Brava me interesaba en gran manera conocer todos estos rincones españoles de la ribera del Mediterráneo que no hace tantos años y a remolque de la fama adquirida por la Costa Brava abrieron sus puertas al turismo y pregonaron por doquier su nombre pretendiendo atraer hacia sus tierras el mayor número de forasteros posible (cosa lógica, de otra parte). Hace algún tiempo, pues, que vienen naciendo nombres de costas, unos más acertados que otros; poca parte del litoral mediterráneo queda por bautizar: Costa Dorada, Costa Blanca, Costa del Sol... Los periódicos han hablado mucho de estas playas. Célebres personajes —políticos, artistas, etc.— se han afincado en ellas. De ahí, pues, que mi atención se fijara en estas comarcas que han cobrado tanto renombre y que han pretendido, incluso, debilitar un poco la fama adquirida en justicia por la costa catalana de Blanes para arriba. No pretendo, desde luego, polemizar ni, como contrapartida, desmejorar cuanto haya visto. Pero, puesto que es mucha la gente que por aquí pone ojos de duda al oír hablar de las costas de levante y sur, sí quiero puntualizar algunas ideas para satisfacción —¿por qué no?— de cuantos vivimos en esas tierras que más o menos acertadamente bautizara Fernando Agulló.

Las playas malagueñas de lo que se conoce por la Costa del Sol son en cuanto a dimensiones bastante reducidas en anchura, alargándose monótonamente en ambos sentidos, sin que surjan esos peñascos y rocas que dan variedad y belleza a nuestra Costa Brava y que limitan y separan unas playas de otras, formando, de vez en cuando, esas bellísimas calas que tanto conocemos. Si en algún caso existen estribaciones montañosas que se adentran en el mar, están casi totalmente desprovistas de vegetación y añoramos el verde de los pinos que bordean el mar en nuestras tierras. La playa, por otra parte, es de una arena oscura, sucia. Incluso el agua, —no sé si será siempre o si dio la casualidad de que lo vi así—, no tiene la limpidez que nosotros estamos acostumbrados a hallar en nuestro Mediterráneo. Las urbanizaciones sí que se han cuidado. Aquí y allá abundan los apartamentos y las villas señoriales, con sus jardincillos, aunque tampoco creo que haya para decir que esto no lo tenemos en la Costa Brava. Quizá allí, por determinados intereses, se cuiden más los accesos a esas poblaciones costeras famosas: Marbella, Torremolinos... A uno le da la sensación —quizá porque tanto se lo han dicho en Cataluña— de que las carreteras son mejores. Al menos por allí bajo veíamos que estaban en obras en muchos lugares. Pero lo fabuloso de Sur es ese clima tan benigno que invita al baño, incluso fuera del tiempo estival. Uno imagina, con ello, lo que deben sudar esa gente en pleno verano.

La capital, Málaga, es una población que me gustó bastante. Tiene un extenso y acogedor paseo, con unos románticos y pequeños jardines a un lado, por donde se pasea estupendamente al anochecer. Precisamente de noche, con unas compañeras de estudios, recorrí también el puerto, activo aún a aquella hora. El de Málaga me dijeron que era más bien puerto de pasajeros, así como el de Cádiz lo es de carga, o sea de mercancías. Por la ciudad se veía bastante movimiento y bastantes caras extranjeras, aunque no las que creía encontrar yo, sobre todo teniendo en cuenta que estábamos en vísperas de Semana Santa. Por cierto, que también de eso se aprovechaban de cara al turismo los vendedores de postales que cobran a duro las de pasos y procesiones de Semana Santa, mientras las demás estaban a un precio parecido al que las pagamos nosotros por aquí. Para los que estamos a los precios de la Costa Brava tampoco resultaban caros los del Sur, si bien las cosas baratas hay que buscarlas al interior y no en la costa. El turismo que viene al litoral malagueño es más o menos el mismo que viene a nuestras costas, si bien allí hay bastantes portugueses, por ejemplo, que ya es más raro hallarlos en la Costa Brava. Respecto al turismo, me decía el dueño del hotel de Granada donde estuve, que el

inglés les resulta un turista muy pobre porque en cuanto llega al Sur ya le hemos quitado los billetes todos nosotros. Y añadia que de postales, por ejemplo, recuerdos, etc., compraban mucho más los mismos españoles. Los italianos también le caían simpáticos. Por cualquier cosa —subirle las maletas, traerle un recado— te larga cinco o diez duros, comentaba sentenciosamente.

Y eso que en Granada (capital) menudo tinglado se traen montado para sacar dinero al turismo, sobre todo con las famosas cuevas del Sacromonte a las que hay que subir de noche, para verlo en su salsa, pero con la mano en la cartera. A nuestra expedición nos reservaron una cueva con su correspondiente "show". Nos resultó a 35 pesetas por persona. Todo se redujo a baile y cante a cargo de unos gitanos, bajo luz roja, y a la degustación de un vino aguada a chorro de botella. A la salida del espectáculo (?) el trabajo está en librarse de la gitana que te pide un duro, la que desea que la invites a un café, la que quiere echarle la suerte etc. Y conste que si no fuera los posibles habitantes que les acompañan o el complemento que recubre su epidermis hay gitana castiza de muy buen ver. Lo gracioso es, desde luego, cuando le cantan a uno su destino. Según una de ellas además de ser cabezón (tozudo) y guasón —en eso acertó— la persona que rida por mí iba a darme pronto una sorpresa "de cintura para arriba" (lo cual supongo que tanto puede ser una cuchillada como un beso, vayan a saber). Tendría siete hijos y una vejez dichosa (cualquiera la puede tener dichosa con tanta descendencia!) y por supuesto que volvería a Granada en mi luna de miel. Menos mal que otra gitana que también me dijo la buena ventura rebajó la descendencia a cinco hijos, lo cual hace suponer que con un poco de paciencia hubiera dado con alguna otra de cifras más reducidas todavía...

Volviendo a las costas, pasemos ahora a la Costa Blanca, que es la de Alicante. Todo el litoral de Villajoyosa, Benidorm, Calpe, Ifach con su peñón, a mi parecer ya es mucho más bonito que la costa sur. Con todo, las montañas litorales siguen siendo peladas, áridas, y las playas no de mucha extensión, salvo en algunos sitios. De todas formas ya se parecen más a las nuestras, con la diferencia de que la arena es finisurra y no hay quien se la saque de encima. Además, la orilla del mar no es profunda. Uno se adentra en el mar a cien metros y todavía se mantiene de pie sobre el fondo. En esas dos cosas, (la arena fina y la profundidad), la costa alicantina se parece muchísimo a la costa tarraconense (Salou, por ejemplo).

Abundan los hoteles y los apartamentos; por cierto que no es sólo en Lloret donde permiten construir una antiestética torre de dieciséis pisos que resulta feísima si consideramos que a nuestro paisaje mediterráneo lo que le va es la horizontalidad; también en Alicante, en la misma capital, tienen un edificio que rebasa los veinticinco pisos. El paseo de Alicante, todo de palmeras, con el suelo de mosaico de vivos colores y curioso dibujo, es quizá una de las cosas más bellas de la capital. En esta ciudad se veía ya gran afluencia de forasteros. Rara vez nos topábamos con gente de la población. Se veía una ciudad bella, cuidada. Aquí ya se notaban más los precios altos. Nosotros estuvimos poco allí y, por tanto, no tuve ocasión de comprobarlo mucho, pero me informó de ello cierto murciano empleado en la telefónica con residencia desde tiempo en Alicante, con quien tuve que compartir —por culpa del dueño del hotel— la habitación. Claro que la mayor parte de precios a que aludía mi contertulio eran de artículos digamos de lujo —copa de whisky a sesenta pesetas— y además en salas de fiestas y turgurios, a los que debía ser muy aficionado el sujeto, así como a la "vida contemplativa" a juzgar por los recortes de Paris-Match con señoritas en bikini, que abundaban por la habitación. Lo que más me sorprendió peyorativamente de aquella pensión donde estuve fue que uno hallara en el excusado un cajón con un leterito al lado que ponía: Por favor, echen los papeles aquí. Cosa tan fina e higiénica no la había visto en ninguna parte.

En resumen: Que vistas las playas del extremo sur de nuestra piel de toro hispánica y las alicantinas, comparando y haciendo cálculos, uno no puede menos que valorar justamente lo nuestro y agradecerle al Creador que nos pusiera en un lugar de excepción, al tiempo que uniéndonos a Camprodón no podemos más que cantar a pleno pulmón aquello de: Costas, las de Levante, y PLAYAS, LAS DE LLORET!

JUAN DOMÉNECH MONER

SAMLM  
17

SERVEI D'ARXIU MUNICIPAL DE LLORET DE MAR



Ajuntament de  
Lloret de Mar  
Servei d'Arxiu Municipal